

Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. Dependencia de la clase política en Latinoamérica

ANDRÉ GUNDER FRANK :: 13/07/2007

En este texto clásico de 1972, Frank explica que para encontrar los fundamentos de la estructura colonial en Latinoamérica, es conveniente preguntarse por qué -a pesar de haber sido, ambas, colonias europeas- América Latina es hoy subdesarrollada mientras América del Norte se encuentra desarrollada.

Material de formación política de la Cátedra Che Guevara - Colectivo AMAUTA
(<http://amauta.lahaine.org>)

1. ESTRUCTURA COLONIAL

Para encontrar los fundamentos de la estructura colonial en Latinoamérica, es conveniente preguntarse por qué -a pesar de haber sido, ambas, colonias europeas- América Latina es hoy subdesarrollada mientras América del Norte se encuentra desarrollada. A menudo se han propuesto dos tipos de supuestas explicaciones que están a la vez ligadas entre sí. Una de ellas es que América del Norte se benefició por el trasplante de las instituciones progresistas del capitalismo inglés, mientras que América Latina quedó perjudicada por el trasplante de las instituciones retrógradas del decadente feudalismo ibérico. La otra y relacionada supuesta explicación, que se asocia con la Ética, protestante y el espíritu del capitalismo de Weber, es que hubo una diferencia importante entre el carácter de los nuevos pobladores del Norte y los latinoamericanos: que los unos fueron protestantes empresariales y los otros católicos flojos. La primera explicación debe descartarse porque claramente carece de validez histórica; el capitalismo empezó a desarrollarse en Italia, España y Portugal católicos; y las instituciones de las colonias inglesas y protestantes del sur de los Estados Unidos y del Caribe no resultaron ser notablemente más progresistas que las latinoamericanas. Además, como veremos más adelante, no es exacto que la península Ibérica haya trasplantado sus instituciones a Latinoamérica. En cuanto a la segunda explicación, en la medida en que efectivamente hubo diferencias entre los nuevos pobladores de las distintas partes del nuevo mundo, habría que preguntarse acerca del porqué de estas diferencias.

Los motivos de la colonización española los resumió Adam Smith al escribir que «todas las empresas de los españoles en el nuevo mundo, después de la de Colón, parecen haber sido ocasionadas por el mismo motivo. Fue la sagrada sed del oro, la que llevaron Ojeda, Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa al istmo de Darién, la que llevaron Cortés a México, y Almagro y Pizarro a Chile y a Perú» (Smith 529). Y ¿cómo se aprovecharon de las minas de oro y plata en México y Perú? Evidentemente explotando a la mano de obra indígena, y aprovechando su alta civilización y gran organización social. Es igualmente evidente que los españoles y portugueses no montaron una explotación igual de minas en el Caribe, Brasil, Argentina y otras partes, porque no pudieron hacerlo, por falta de minas en aquellas regiones. Y si los ingleses que se fueron al norte de América no explotaron minas de metales preciosos allí, esto se explica exactamente por el mismo motivo, no porque no querían sino

porque no podían. Y ¿por qué crearon los portugueses, franceses e igualmente los ingleses plantaciones de azúcar en Brasil y las Antillas y de algodón en el sur de América del Norte? Porque no les fue posible explotar minas allí, pero sí fue posible aprovechar el clima para explotar mano de obra esclava en una economía de exportación, puesto que se podía bien proveer dichas regiones de tal mano de obra, importándola de África.

Entonces podemos preguntarnos por qué los mismos franceses e ingleses no hicieron igual en la Nueva Francia y Nueva Inglaterra.. La respuesta salta a la vista: porque estas regiones carecían-lamentablemente, como les parecía entonces-- de todas las condiciones geológicas, climáticas y de población indígena precisas para poder implantar una economía de exportación. Así fue también en Argentina, hasta que el desarrollo del sistema capitalista mundial permitió en el siglo XIX convertir aquella región en exportadora de lana, carne y trigo; así como convertir a Sao Paulo, parte de Colombia, Costa Rica, etc., en exportadores de café.

Así, el estudio comparativo de las variedades en la: colonización europea del nuevo mundo nos conduce a una conclusión fundamental, que a primera vista puede parece paradójica, pero que es fiel expresión de la dialéctica del desarrollo capitalista: mientras mayor fue la riqueza para explotar, más pobre y subdesarrollada es la región hoy; y mientras más pobre fue la colonia, más rica y desarrollada es la región hoy. La razón fundamental es una sola: el subdesarrollo es producto de la explotación --de la estructura colonial y de clase basada en la ultra-explotación- y el desarrollo se logró donde esta estructura del subdesarrollo no se implantó porque no fue posible hacerlo. Todos los otros factores son secundarios o derivados del factor fundamental del tipo de explotación, y esto vale también para el tipo de pobladores que fueron a diversas partes y para su manera de comportarse una vez llegados allí.

En Norteamérica, o más precisamente en el norte de Norteamérica porque en el sur algodónero fue distinto, creció inicialmente una economía diversificada de pequeños propietarios agrícolas y pequeñas industrias. Y una sociedad parecida se asentó por un buen tiempo en diversas partes de Latinoamérica:

«El proceso de ocupación y división de la tierra cubana durante los siglos xvi, xvii y xviii condujo a la creación de una clase de propietarios grandes y pequeños, descendientes de los primeros pobladores, que estuvieron hondamente atados a la tierra nativa. Fueron predominantemente gente no refinada, que vivieron en aislamiento del mundo exterior [...] pero en Cuba se pusieron las fundaciones de una nación nueva y original, que fue el fruto de tres siglos de asentamiento. Los distintos sistemas de ocupación y utilización de la tierra determinaron los destinos diferentes de las Antillas británicas y españolas: para las primeras, decaimiento; para las segundas, progreso lento pero constante» (Guerra y Sánchez 35-6) hasta que éstas también se convirtieron en plantaciones de azúcar en el siglo xix. En Colombia «hasta mediados del siglo pasado las manufacturas y la rica agricultura, del Oriente se oponían a la penuria del Occidente y a la miseria de la región Central, departamentos de Boyacá y Cundinamarca. El Occidente era la mina [...] en Boyacá y Cundinamarca regía [...] el latifundio [...]. En Oriente la situación era muy distinta [...]. No hay latifundios, no podía haberlos. No se encontraron minas de oro, ni de plata. No se introduce, en consecuencia, el negro [...]. Se forman las manufacturas [...]. La economía del

Orienité colombiano, en la época que se analiza, no estaba orientada hacia el mercado exterior» (Nieto Arteta 79-80). En Centroamérica, «Costa Rica, la provincia más pobre y aislada de aquella época [...] tenía una estructura social mas homogénea constituida en foríma casi exclusiva por los descendientes de españoles». (Torres 16).

Y así fue en muchas otras partes de Latinoamérica, especialmente en el ahora relativamente menos subdesarrollado Cono Sur. Y así también fue, en la colonia inglesa de la isla caribeña de Barbados, aunque allí esta estructura social no sobrevivió mucho tiempo, como Harlow lo señala en su *History of Barbados, 1625-1685*, citando observadores contemporáneos:

«En los años durante los que se cosechó variedad de pequeños productos, la tierra estuvo ocupada por muchos asentados en pequeñas parcelas. Este sistema, común en la mayoría de las jóvenes colonias británicas, fue en parte el resultado de las mercedes originales a los primeros asentados de pequeñas parcelas [...]. De esta manera la isla tenía una clase de colonos numerosos y fuertes, que [...] fueron la columna vertebral de la colonia. Con la llegada de la industria azucarera, estas circunstancias sanas se alteraron. La economía del azúcar, para tener éxito, requiere amplias extensiones de tierra y una oferta grande de mano de obra: el sistema holandés de créditos a largo plazo dio a los más adinerados la posibilidad de conseguir ambas cosas. Pero el pequeño colono con unas pocas Hectáreas y escaso capital no podía enfrentar el gran gasto inicial de poner un ingenio de azúcar. En consecuencia, la tierra cayó más y más en manos de un grupo de magnates [...]. Un ejemplo del proceso puede encontrarse en la hacienda del capitán Waterman, que abarcó 800 acres, que anteriormente habían pertenecido a no menos de cuarenta pequeños propietarios [...]. El mismo hecho se enfatiza [...] en el valor de la tierra perteneciente al Mayor Hilliard. Antes de la introducción de la nueva industria (alrededor de 1640) la plantación valía 400 libras; sin embargo, en 1648 la mitad se vendió en 7.000 libras [...]. Ya en 1667 [...] el Mayor Scott dijo que, después de examinar todas las actas de Barbados, encontró que desde 1643 no menos de 12.000 "buenos hombres" habían dejado la isla para otras partes, que el número de terratenientes había descendido de 11.200 pequeños propietarios en 1645 a 745 dueños de latifundios en 1667; mientras que durante el mismo período los esclavos negros habían aumentado de 5.680 a 82.023. Finalmente, resumió la situación diciendo que en 1667 la isla "no fue tan fuerte, aunque sí cuarenta veces más rica que en 1645". Este proceso doble --comenta Harlow en 1926- mediante el cual una colonia inglesa fuerte se convirtió en poco más que una fábrica de azúcar, propiedad de unos pocos propietarios ausentistas y trabajada por una masa de trabajadores extranjeros, constituye la principal característica de la historia de Barbados» (Harlow 40-44, 306-310).

De hecho, las regiones que hoy son las más lumpendesarrolladas del continente, como partes de Centroamérica y del Caribe, el Nordeste del Brasil, las regiones indígenas andinas y mexicanas y las zonas ruinas de Minas Gerais, Bolivia y México central, tienen en común que en aquella época fueron -y a menudo todavía lo son hoy- las partes de Latinoamérica; que más se han caracterizado por la explotación de sus recursos naturales, y sobre todo humanos, en función de una economía de exportación.* Y esta desgracia espantosa, como Adam Smith la calificó, es lo que estas regiones tienen de común entre sí -y con gran parte de Asia y África también -a despecho de la gran variedad de características culturales y de otra: índole que las distingue, y a pesar del hecho de que en algunas el desarrollo del capitalismo mundial transformó totalmente la estructura social indígena,

mientras que en otras asentó una sociedad totalmente nueva, y en otras más -como el caso de Cuba, por ejemplo- este desarrollo capitalista mundial transformó completamente la misma estructura social primitivamente asentada allí, siglos atrás; por los propios europeos.

Así que el factor clave de la estructura económica y de clase en Latinoamérica hay que buscarlo en el grado y tipo de dependencia con respecto a la metrópoli de este sistema capitalista mundial.

Como nota Ferrer: «La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función directa de la explotación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atraieron los recursos financieros y laborales disponibles [...]. Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la corona y de la Iglesia. Estos sectores de población [...] Constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de acumulación de capital [...]. En la medida en que la concentración de riqueza crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exterior [...]. De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo, siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana» (Ferrer, a 31-32).

Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metrópoli; casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y al capital extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial nunca estuvieron dirigidos al desarrollo económico interno. Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus «hinterlands» económicos y sociales se desarrollaron en respuesta a las explotadoras necesidades colonialistas de las metrópolis ultramarina y latinoamericana. No fueron, como con tanta frecuencia, se pretende erróneamente, el resultado del traspaso en el siglo xvi de las instituciones feudales ibéricas.

Esto no significa que la estructura colonial y de clase haya sido estática. Por lo contrario, las constantes variaciones en la primera han ocasionado correspondientes transformaciones en la segunda; como lo muestra la suerte de las manufacturas durante la colonia. Por ejemplo, la depresión económica del siglo xvii en España, que ocasionó la disminución del tonelaje, de buques que comerciaban entre ella y Nueva España a un tercio de lo que había alcanzado en el siglo xvi, permitió el desarrollo apreciable de manufacturas locales. Antes del fin del siglo xviii sólo las industrias textiles de México ocuparon 60.000 obreros (Orozco y Florescano 73),

El virrey de Nueva España comentó en 1794, «aun sin auxilio alguno, ni protección directa

del gobierno, se han adelantado demasiado, a un grado que admira, cierta clase de manufacturas, principalmente las de algodón y con especialidad, de paños de rebozo. Las lanas burdas proveen también materia prima para muchas fábricas [...]. Es muy difícil prohibir que se fabriquen en estos reinos la mayor parte de las cosas que en ellos se hacen: [...]. El único medió de destruir las fábricas del reino es el que vengan a precios más cómodos de Europa los mismos efectos, y otros equivalentes. Así ha suceídido con la gran fábrica y gremio que había de todas especies de tejidos de sedas, de que apenas queda memoria; y otro tanto se ha verificado con las fábricas de estampados [...]. La decadencia de este comercio [de Acapulco], era muy natural en la alteíración que han tomado las cosas, los progresos que han tenido las fábricas europeas, y el menor precio que merecen generalmente los géneros asiáticos [...]. Resulta que desde el año 89, han ido sucesivamente en aumento, los géneros y especies que se han introducido [...]» (Revilla Gigedo, 191-2, 200, 203).

El historiador chileno Hernán Ramírez N. (65) hace notar que «es de suma importancia subrayar que el fenómeno analizado se manifestó en diversos países americanos. "El libre comercio, escribe el historiador peruano Garlos Deustúa Pimentel, trajo como resultado el derrumbamiento de las pocas, fábricas florecientes, al abarrotar completamente de mercaderías los mercados de América" [...]. Refiriéndose a la situación creada en las provincias del Plata, Ricardo Levene anota: "Fue, en efecto, el activo intercambio que se inició con los reglamentos de 1778, la causa de la decadencia de las primeras industrias nacionales."» Las transformaciones en la estructura social latinoamericana ocasionadas por cambios en las relaciones coloniales se ven con igual nitidez en la estructura agraria.

() Al extender esta Vieja tesis sobre las regiones más colonializadas y explotadas, para comprender no sólo Latinoamérica sino Asia y África también, y al denominarlas «ultra-subdesarrolladas» en mi exposición en Caracas, los compañeros Francisco Mieres y Héctor Silva Michelena objetaron que conforme a mi «teoría» el ultra-subdesarrollo debería darse, no en aquellas regiones anteriormente más colonializadas, sino en las actualmente más colonializadas, y que de hecho, según Silva, el país que sufre más ultra-subdesarrollo en América Latina es Venezuela. La objeción teórica me pareció correcta y también la evaluación del ultra-subdesarrollo venezolano a causa de la ultra-explotación del boom de exportación de petróleo. Acordamos denominar, muy provisionalmente, este último como un desarrollo «activo» del ultra-subdesarrollo y buscar otra palabra conceptual para el estado «pasivo» de ultra, sub (o lumpen?) desarrollo de aquéllas regiones de exportación de etapas anteriores del desarrollo capitalista mundial.*

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/lumpenburguesia_lumpendesarrollo_depends